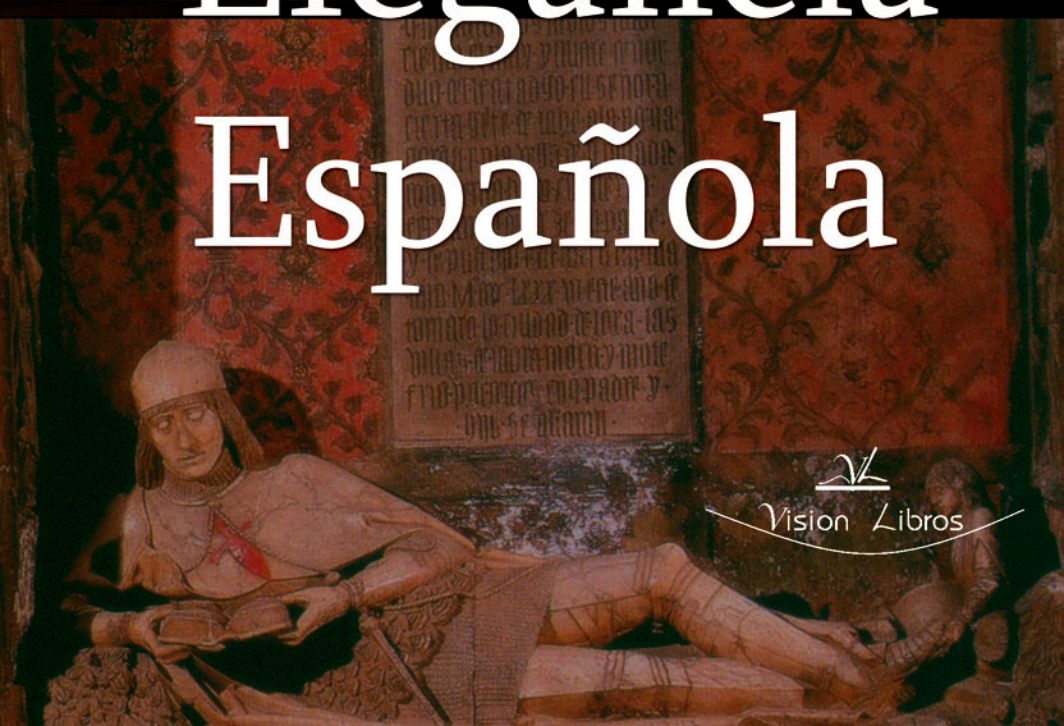


CARLOS BALTÉS



Elegancia Española



Vision Libros

ELEGANCIA ESPAÑOLA

CARLOS BALTÉS

ELEGANCIA ESPAÑOLA



ELEGANCIA ESPAÑOLA

© CARLOS BALTÉS

© Editorial: Vision Libros

Avenida de Asturias S/N Impares local 5

Semiesquina a Plaza Castilla 3 28029 Madrid (España)

Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com

ISBN PAPEL: 978-84-9821-931-9

ISBN EBOOK: 978-84-9886-637-7

Descargado de: www.visionlibros.com

Diseño base cubierta: © Marián González

reflejandoelazul@visionnet.es

Maquetación: © Magda C. Vargas Del Valle

magdac_vargas@visionnet.es

Producido por Liber Factory. C/ Cuatro Amigos 5 Post.

28029 Madrid (España) produccion@liberfactory.com

Vision Libros, en su deseo de mejorar sus publicaciones agra-decerá cualquier sugerencia que los lectores hagan:

sugerencia@visionlibros.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

ÍNDICE

A modo de Preámbulo	11
I. ¿Qué es la Elegancia?	15
II. La Elegancia de los Sentidos	23
• El Duque de Pastrana y Carreño de Miranda	26
• El Marqués de Villafranca y Goya	39
• El Doncel de Sigüenza	53
• Dos Entornos de Elegancia Española	63
- El Claustro románico del Monasterio de Silos	65
- El Alcázar de Segovia	71
III. La Elegancia Moral	77
• Poetas muertos en combate	79
- Jorge Manrique	80
- Garcilaso de la Vega	106
- José Cadalso	133
Epílogo	171



A mi madre



A MODO DE PREÁMBULO

En la infancia se perciben atmósferas, ambientes, olores y sonidos que son decisivos en la conformación de la realidad personal y que determinan, muchas veces, el enfoque de la vida adulta.

Cuando abrí mis ojos a la realidad circundante distinguí muy pronto estructuras vitales que llamaron mi atención. Al principio eran mundos lejanos poblados de misterio que estaban ahí, simplemente, y a mi alcance. Con el tiempo se me hicieron familiares, y me interné por ellos con decisión.

Me atraía la sobriedad, la naturalidad, la impasibilidad, el orgullo sin presunción de sus personajes, y al mismo tiempo me emocionaba la naturaleza que los enmarcaba, unos paisajes serenos y consoladores como ningún otro. Sí, me refiero a las figuras de Velázquez y los fondos de sus cuadros. Todos ellos conformaban un mundo autónomo y fascinante.

A su vez, otro universo no menos fascinante, se abría a mi entendimiento. Un universo lleno de idealismo, de aventuras, de exigencia y de compasión. Sí, el mundo extraordinariamente denso de Cervantes estaba también ante mis ojos.

Observé que mis primeros pasos por esas estructuras vitales completas eran placenteros y consoladores. Me sentía bien ante los cuadros de Velázquez y sus reproducciones en libros y litografías. Permanecía mucho tiempo, en atenta mirada, obser-



vando el guante que pendía de la mano del Infante don Carlos en el cuadro que de esta forma lo reproduce, pintado hacia 1626, o bien meditaba ante un retrato de Felipe IV, ya maduro, en actitud melancólica, pero poseedor del “sosiego intemporal propio de un soberano español”.

Por otro lado, el mundo cervantino iba penetrando en mi inteligencia a través de sus libros, que encuadrados en piel y escritos en papel “biblia” mantenía crecientemente en mis manos. Don Quijote, el último caballero, que vivía en el pasado y que era resistente a la desdicha en su presente, me indicaba una forma de comportamiento impecable, una actitud de sobrio desinterés al mismo tiempo que era poseedor de la mirada más limpia del mundo. Cervantes me enseñó a vivir con un “como si” ante los avatares de la vida, transmitiéndome su filosofía a partir de su profunda sabiduría y mediante su mirada inteligente y compasiva.

Estos dos españoles, Cervantes y Velázquez, eran poseedores de mundos completos, autosuficientes, densos. Mundos convergentes y dispares al mismo tiempo. Eran creadores de universos reconocibles perfectamente: así al hablar de lo “velazqueño” o lo “cervantino”, sabemos a qué atenernos al referirnos a ellos. Muchos son los impactos que nos transmite una obra de arte genial, sea literaria, pictórica o de otra naturaleza. Yo quiero mencionar aquí sólo una seña de identidad artística, una constante de ambos creadores: la Elegancia. La elegancia de sus personajes, de sus actitudes, de sus gestos; a veces de sus acciones u omisiones, de sus disertaciones o consideraciones. En definitiva, la elevada elegancia mate-



rial y moral que alcanzaron estos genios en sus obras de creación.

Veremos después qué cosa es la elegancia. Baste por ahora decir que es un precipitado; un resultado final de una combinación de factores diversos, a veces aparentemente contrapuestos. A su vez, la elegancia puede manifestarse a través de las actitudes y las palabras, de los gestos y los silencios, de la conciencia y de la inconsciencia.

Por estos Arcos grandiosos – Velázquez y Cervantes - me interné yo, y fui visitando distintas estancias de elegancia española. A ella me aficioné y en ella traté de educarme.

“Nuestra verdadera patria es la infancia”, se ha dicho. Con el tiempo, en el fondo, lo que queremos es recrear, de alguna manera, el mundo que vimos y entrevimos en nuestros años de aprendizaje. Por eso, pues, he escrito este libro.



I. ¿QUÉ ES LA ELEGANCIA?

Es ante todo una combinación. Una proporción entre factores que ofrece un resultado placentero y admirable a los sentidos y/o al espíritu humano.

La cuestión se encuentra en la identificación de esos factores que apuntamos. Si partimos del resultado, que hemos calificado de placentero y admirable, nos vemos abocados por inducción en primer lugar al encuentro con Belleza, con mayúscula, que no es otra cosa que la armonía existente en una realidad concreta, sea ésta una persona, una obra de arte o un conjunto de elementos. Pero la elegancia es otra cosa, y sin embargo, el resultado de su percepción provoca sentimientos semejantes a los que la belleza produce. Existe, pues, alguna relación entre la belleza y la elegancia, pero ambas no pueden confundirse. Nos podemos preguntar: ¿por qué lo no absolutamente bello puede agradar en forma extrema? y a veces más que lo estrictamente bello. Una mujer o un hombre pueden ofrecer en su cuerpo una armonía de facciones y líneas irreprochable, y sin embargo, otros, alejados de los cánones de la estricta belleza, y gracias a su actitud, movimientos, forma de mirar, a algo no identificable de momento, nos produce una atracción poderosa y un encantamiento más irresistible, a veces, que la propia belleza. De forma que la imperfección puede superar muchas veces en atractivo a la perfección, si aquélla posee un “*plus*” al que llamaremos elegancia.



Por otro lado, el concepto de perfección tiene en nuestra cultura occidental también un fuerte sentido moral. Se puede hablar de un “camino de perfección” en la trayectoria de una persona. Este camino lleva la belleza y la elegancia al mundo moral, y así podemos hablar de la belleza de una conducta o de la elegancia de una actitud o de un gesto.

Vemos, pues, que Belleza y Elegancia, moran o pueden morar en el ámbito de los sentidos y en el ámbito del espíritu. Pero todavía no hemos precisado qué cosa es la elegancia, y este es el objetivo principal del capítulo, y puesto que los hombres de cada tiempo han de apoyarse en los “hombros de los gigantes” del pasado, yo voy a tratar de elucidar qué es la Elegancia considerando las teorías estéticas de Schiller y de D’Ors.

Schiller realiza un análisis comparativo de lo que es la Belleza y lo que es la Gracia a partir de sus dos factores constitutivos que, en distintas proporciones, dan origen a ambas. Esos dos factores son la Ley y la Libertad. Según Schiller en la belleza predomina la Ley. La belleza, señala, es “una obligación de fenómenos”. En la Gracia, domina la libertad sobre la Ley, aunque no absolutamente.

D’Ors completa el análisis de Schiller: “El superávit de libertad sobre la ley, que no elimina la presencia de ésta, pero la oculta, es, en tal análisis, atribuido certeramente a la categoría de gracia. Pero es probablemente menos certero atribuir a la categoría de belleza un superávit de la ley sobre la libertad. La belleza está muy bien definida como una obligación de fenómenos, es decir, la armadura de la coerción,



sin embargo, ha de aparecer, para que la belleza se produzca, escondida y como velada por una apariencia de libertad”. En definitiva, tienen que convivir ambos factores explicativos de la belleza y la gracia, pues la eliminación absoluta de uno de ellos haría desaparecer los resultados buscados: belleza y gracia.

La obligación estética debe permanecer pero ocultando su andamiaje. Es preciso ese estudiado descuido que ofrece la obra de arte genial. El canon debe existir pero diluido por matices sobrepuestos cuyo final es transmitir verdadera emoción estética al espectador.

Igualmente, señala D’Ors: “Mejor, pues que considerar en la belleza un predominio de la obligación sobre la libertad, debe afirmarse que, en aquella suma categoría estética, las proporciones de obligación y libertad se ofrecen en un armonioso equilibrio”.

D’Ors establece posteriormente la dinámica de los factores estéticos explicativos de forma magistral, y se pregunta: “¿qué ocurre, cuando la desproporción vuelve, cuando la obligación domina realmente a la libertad, con un dominio que no es todavía grave y que no elimina del todo al otro elemento, aunque lo deje en un segundo plano?”. La contestación a esta pregunta nos lleva ya a conocer qué cosa es la elegancia. Dice D’Ors “cuando la libertad se esconde tras una apariencia ostensible de ley, cuando la presencia de ésta es subrayada a los ojos del espectador, se produce la categoría estética de elegancia”, y define: “La elegancia nace, por consiguiente, de la ostensibilidad de una coerción, en que es gozado un sometimiento sin aniquilamiento de la libertad”.



Es decir, la elegancia comporta una ecuación optimizadora de rigor, armonía y libertad. Diremos entonces que la belleza absoluta corresponde exclusivamente al ámbito de la Divinidad y la Naturaleza. Al hombre le está reservada en puridad cómo máxima categoría estética alcanzable, la elegancia. La elegancia es una categoría humana. El hombre puede aspirar a la absoluta belleza. No la alcanzará probablemente, pero habrá avanzado en el camino que le permitirá conseguir esa combinación de rigor, armonía y libertad que es la elegancia.

Para avanzar en nuestros objetivos es preciso ahora preguntarse: ¿Clásico o Romántico?, la eterna cuestión. A lo largo del tiempo ha predominado el canon en unos casos y la emotividad y la libertad en otros. Circunscribiéndonos a los siglos más próximos podemos observar como en el XV, el final de la Edad Media, ha predominado lo romántico a través del gótico tardío. En el siglo XVI, el Renacimiento presencia la vuelta al clasicismo. Por el contrario el XVII, con el Barroco, predominan los factores románticos. En el siglo XVIII cambian las tornas, y la razón y el equilibrio se aposentan con el Rococó o el Neoclasicismo. El XIX es ya el siglo donde surge con fuerza la libertad y la emotividad en todos los ámbitos de la vida y reina el Romanticismo propiamente dicho. Respecto al siglo XX no existe suficiente perspectiva en el tiempo en el que escribimos para juzgarlo, por lo menos desde el ángulo que aquí nos interesa. Aunque posiblemente la segunda mitad del siglo pasado se encuentre fuera de dominios estéticos solventes, dada la libertad casi absoluta aplicada a la ejecución de la obra de arte y de la vida, llevando muchas veces a las fealdades del desorden la pre-



tensión estética. La primera mitad, creemos que puede considerarse una prolongación del XIX, aunque con características particulares de gran creatividad e interés.

Pero lo que queremos ahora es resaltar la alternancia del predominio de la ley o de la libertad que se ha dado en los siglos mencionados. Y así observaremos que es precisamente en los finales y principios de siglo donde aparece con mayor fuerza la “coerción sin aniquilamiento de la libertad”, es decir, es en estos momentos donde se manifiesta más claramente la elegancia en el arte y en la vida. No pretendemos establecer una ley exacta sino una tendencia, de forma que en estos períodos en que muere un siglo y nace otro, surgiendo un cambio en las corrientes predominantes, es cuando se producen – o suelen producirse – combinaciones de rigor y libertad más proclives a la aparición de la elegancia. Pensemos, por ejemplo, en el atavío personal, altamente ostentoso en los años centrales del XVIII, para ir ganando grados de buen gusto y elegancia a finales de ese siglo y principios del XIX.

En cualquier caso, la dificultad de señalar con precisión períodos de mayor o menor elegancia, tal vez pueda ser explicada por la existencia de diversas versiones de la elegancia. No existe un tipo de elegancia, sino varios. En efecto, Eugenio D’Ors, distingue cuatro tipos o grados de elegancia, considerando que son los factores sociales que se incorporan en el entramado de la ley, los que determinan las distintas modalidades de lo elegante:

En primer lugar existe “*la elegancia estoica*”, aquí lo elegante está imantado de coerción, rigor, sobrie-



dad, abstención, renuncia de alguna manera. La sanción social es limitada, a veces inexistente y solo se responde ante uno mismo o ante la Divinidad. Es una elegancia interior, silenciosa cargada muchas veces de sacrificio e incomprensión. Pero es extraordinariamente noble. La elegancia estoica se reserva siempre ese derecho aristocrático de quedar incomprendida. En ella la ética y la estética se funden. Esta elegancia es propia de las conductas, de las actitudes y los gestos.

El segundo tipo de elegancia incorpora ya claramente un factor social que sanciona y enjuicia. Es "*la elegancia epicúrea*" que busca el propio placer y agradar a los demás. La consecución de esta manifestación de lo elegante incorpora a la satisfacción íntima, personal, la aceptación de los demás; se busca el placer que sabemos que causa el hecho elegante. Aquí se unen la satisfacción propia y la satisfacción ajena. Este tipo de elegancia se puede dar habitualmente en las obras de arte: la literatura, la pintura, la música, etc., y también en las derivaciones vitales de los espíritus más selectos.

En el tercer tipo de elegancia, la manifestación de lo social se acentúa. En este caso la elegancia no nace como aspiración personal íntima, sino que busca causar un efecto en los demás. Todo se sacrifica a la impresión que se produce en el exterior. Estamos en el mundo del efectismo, en el dominio de la vanidad. Estamos, en definitiva, en "*la elegancia mundana*". D'Ors la llama la elegancia del narcisismo, tal vez de manera impropia, porque no se trata tanto de la mera autocontemplación satisfecha, como de observar placenteramente el efecto que se causa en los demás. El narcisismo que no exige la presen-

